



Ali Bhutto, ex primer ministro paquistaní, honrado por miles de seguidores en una ceremonia religiosa celebrada al aire libre, después de su ejecución.

## HORCA Y LEYENDA DE ALI BHUTTO

EDUARDO HARO TECLEN

**C**ON el cuerpo desecho por las palizas de sus guardianes pero, a lo que dicen sus abogados, con el ánimo y el temple enteros, Ali Bhutto ha sido llevado a la horca por su enemigo y vencedor el general Zia Ul Haq. Cuentan que su voz era débil y rota pero que aún clamó, hasta el final, que era inocente. Es difícil conceder a Bhutto, por su larga y dura biografía, el beneficio de la inocencia. Pero ante la horca, bajo las torturas, siempre se es inocente, porque cualquier comportamiento pasado palidece bajo esta barbarie mayor del juicio sin garantías, de la traición de los amigos, del suplicio, la pena de muerte y la ejecución.

Ali Bhutto ha sido definido como un político populista, pero procedía de la aristocracia. De una inmensa riqueza como sólo existe en los países del hambre y el subdesarrollo, donde las separaciones entre ricos y pobres son infinitas. Gracias a ello pudo estudiar en Estados Unidos y en Gran Bretaña, donde ob-

tuvo su diploma de doctor en Derecho y enseñó Derecho Constitucional en la Universidad de Southampton; cuando volvió a su país fue profesor de Derecho Constitucional en una escuela islámica y abrió un bufete de abogado.

Paquistán nació como Estado en 1947. Era un disparate inicial: dos enormes partes arrancadas de la India y separadas entre sí. Paquistán debía albergar a las poblaciones musulmanas, India a las hindúes; se realizaron gigantescas transferencias de seres humanos, esmaltadas de matanzas y persecuciones. Las cifras de muertos fueron, oficialmente, de medio millón; se calcula en varios millones la realidad. Las masacres de musulmanes en la India y de hindúes en Paquistán se sucedieron durante mucho tiempo. Los problemas territoriales entre la India y Paquistán, que determinaron una guerra gigantesca y luego la conversión de cada fragmento del Paquistán en dos países distintos—Paquistán y Blangla Desh—, no están todavía terminados.

A su independencia, Paquistán formó una Asamblea Constituyente; en 1954 fue disuelta por el gobernador general, y el primer ministro tuvo que incluir tres "hombres fuertes" en su gabinete. Uno de ellos fue el general Ayub Khan, ministro de Defensa, que en 1958 fue primer ministro y luego presidente: la Asamblea estaba disuelta, la Constitución suspendida y el general Ayub Khan obtuvo los plenos poderes en 1958. Ese mismo año, el abogado de treinta años Zulfikar Ali Bhutto puso toda su cultura y todo su entusiasmo al servicio del general y recibió, a cambio, su protección. A su lado redactó una nueva Constitución y puso los jalones para un restablecimiento democrático. Consiguió una Asamblea electa, pero sólo por ochenta mil electores—los "demócratas básicos"—, los cuales más adelante reeligieron a Ayub Khan. Con él, Ali Bhutto sería ministro de Comercio, de Asuntos de las Minorías, de Recursos Naturales, de Asuntos de Cachemira y,

finalmente, Asuntos Exteriores, cargo que mantuvo tres años hasta que entró en la oposición, en 1966.

Ali Bhutto reprochaba varias cosas a su jefe y protector. Una, que no fuera lo suficientemente hostil a los indios como para recuperar Cachemira. Intentaba hacerlo por la fuerza: estaba seguro de que la India—pacifista y blanda, imbuida de hinduismo que Bhutto consideraba como "una cultura decadente"—no podría ofrecer una defensa militar consistente. Y reprochaba también a su jefe la entrega a los Estados Unidos; sobre todo, porque no había servido para conseguir los territorios irredentos. Cuando salió del Gobierno formó un partido de oposición, el PPP—Partido Popular del Paquistán—, nutrido por estudiantes e intelectuales; los cuales llegaron a penetrar profundamente en la clase obrera y a promover disturbios contra el régimen. Ayub Khan mandó encarcelar, como culpable de estos disturbios, a Ali Bhutto: no hizo más que erizar la resis-

tencia y la indignación de los nacionalistas y, en 1969, el poder fue tomado por un general joven, Yahya Khan, y Bhutto y los otros políticos puestos en libertad. El nuevo Gobierno pretendía organizar el difícil país sobre la base de unas autonomías. Bhutto tomó una vez más el camino de la oposición y del nacionalismo integrista. Visto de otra forma: quería mantener el dominio del Oeste sobre el Este. Se ha dicho que la fuerza populista de Bhutto fue la que, desde este punto de vista, ocasionó la guerra civil y la guerra internacional que terminó con la escisión de Bangla Desh y la ocupación india, que costó millones de vidas y que debilitó definitivamente el país.

Pero ya Ali Bhutto era primer ministro en el Oeste, que se convirtió simplemente en Paquistán. Bhutto proclamó un socialismo económico —era su definición— que debía reflejarse en un aumento inmediato de salarios, en una reforma agraria que trató de repartir al país —Bhutto decía que la reforma le había costado la entrega de 18.000 hectáreas: sus enemigos mantuvieron siempre que había dado territorio baldío, que

se habla quedado con las buenas tierras y que las había cultivado con el dinero del Estado— y unas confiscaciones de bienes de las "22 familias" a las que pertenecía el capital financiero. Redactó él mismo una nueva Constitución: probablemente la más avanzada, la más democrática que haya tenido nunca el Paquistán. En política internacional, se apartó de los Estados Unidos, pero no se aproximó a la URSS, sino a China Popular. Entre otras cosas, porque la URSS protegía a la India y a Afghanistan, y porque China podía ser —consideraba él— un equilibrio entre la URSS y los Estados Unidos. Con Bhutto colaboraba en esta democratización del país Wally Khan, que dirigía el Partido Nacional Awami y que representaba una socialdemocracia. Pero todo ello apenas duró un año. La presión de los Estados Unidos se manifestó a través de un poderoso vecino, el Sha del Irán. Consideraba el Sha que Walli Khan estaba demasiado inclinado hacia la Unión Soviética. Los Estados Unidos toleraban a Bhutto desde el momento en que éste, aun siendo anti-americano, era también anti-



El Presidente paquistaní, general Zia Ul Haq, negó a su vencido enemigo el indulto.

soviético; pero no a su aliado. Paquistán estaba soportando todo su gran drama económico, el eterno y el nuevo de las sucesivas guerras y el continuo caos político, por la ayuda que recibía de Irán, mientras pudorosamente Ali Bhutto explicaba que no quería nada de los Estados Unidos. Bhutto aceptó desprenderse de sus aliados; los problemas populares que ocasionó esta política los afrontó por la manera violenta, encarcelando a su aliado Walli Khan. Fue quedándose aislado. La propia izquierda de su partido se escindió. Los militantes obreros le abandonaban, los nuevos estudiantes ya no estaban con él. A medi-

da que este aislamiento personal se cumplía, Bhutto se hacía cada vez más duro y más tiránico. Cuando quien él consideraba su maestro, Rahim —autor del manifiesto del Partido Popular, ministro de Bhutto— se enfrentó con él, Bhutto mandó a su guardia que le apaleara. El sindicalista Mairaj Mohámed Jan tampoco quiso continuar en el Gobierno: fue a parar a la cárcel. El periodista Khwaja Rahman, del diario "Dawn", criticó el poder de Bhutto: apareció muerto de un tiro en la espalda.

En 1977, Ali Bhutto era un poder personal cercado de oposición. Pero el Ejército parecía estar con él. En las elecciones, su partido ganó una mayoría amplia; la oposición, que reunía nuevos partidos que iban de la izquierda a la extrema derecha, denunció las elecciones como una farsa absoluta: los observadores extranjeros convienen en que, efectivamente, los fraudes estaban comprobados. Poco después, estallaban unos disturbios que llegaron a tener amplitud de guerra civil. Detenciones y represiones... Y una respuesta popular: la "desobediencia cívica". El país no pagaba sus impuestos, se negaba a utilizar los transportes comunes o mover las cuentas de Banco. Bhutto acusaba a los Estados Unidos de una "conspiración enorme". Pero, al mismo tiempo, tomaba medidas de apaciguamiento: anunciaba una amnistía —en ese momento había 13.000 presos políticos contabilizados oficialmente—, una nueva Constitución, una nueva reforma agraria...

El Ejército se puso a su lado: declaró oficialmente que permanecería leal y que no toleraría ninguna subversión. Meses después de esta declaración, eran los propios militares los que producían el golpe de Estado. El general Zia Ul Haq tomaba el poder y anunciaba "la restauración de la ley". Pero suspendiendo la Constitución. La ocupación legalista de Zia Ul Haq fue considerable: quiso



En la foto de archivo, Ali Bhutto, rodeado de su familia.

## HORCA Y LEYENDA DE ALI BHUTTO

que el Tribunal Supremo estudiase su toma de poder y sentenciase sobre ella. Como era de esperar, el alto organismo falló a favor, el 10 de noviembre de 1977. No dejaba de reconocer que el golpe era "extraconstitucional" —nunca osó decir "anticonstitucional"—; que era una "asunción válida del poder" y que representaba la "ley de la necesidad".

Inmediatamente comenzó a funcionar la horca. En público, y con televisión y fotógrafos: se trataba de explicar que el nuevo régimen obedecía a la "ley de la necesidad" y que los ciudadanos debían hacer lo mismo. El general Zia, después, asumiría la Ley Coránica, que también desea que todos los castigos sean públicos, por cuestión de ejemplaridad. Las manos cortadas y los centenares de azotes a los adúlteros, a los ladrones, a los homosexuales, a los bebedores de alcohol. Pero el régimen ya estaba ligado de nuevo a los Estados Unidos. Iba a ser la fuerza que se opusiera al soviétismo de Paquistán, y el que en esa zona de Asia continuara la labor interrumpida por el Sha al otro lado de la frontera con Irán. Donde también la horca, los pelotones, las manos cortadas y los látigos comenzaban a hacerse visibles.

El general Zia mandó detener inmediatamente a Ali Bhutto, pero con su preocupación por la legalidad trató de que su enemigo, y enemigo de los Estados Unidos, tuviera su castigo merecido. No le juzgó por delitos políticos, sino acusándole de un crimen de derecho común: Bhutto había mandado matar a un enemigo político y como sus agentes no le encontraron, mataron a su padre. El juicio se montó sobre un Tribunal compuesto por enemigos personales de Bhutto: el presidente había sufrido persecución y había visto sus tierras confiscadas. Cuando los seis magistrados empataron sobre la sentencia de Bhutto —tres contra tres—, el presidente decidió la condena con su voto. Se encontraron testigos: los propios

agentes de Bhutto, los que hubieran sido condenados con él de no haber declarado a tiempo. Cuando Bhutto apeló contra la sentencia de muerte, la apelación fue a parar al mismo Tribunal Supremo que había legalizado el golpe de Zia. Aun así, el Supremo, que no pudo eludir la ratificación de la pena de muerte, recomendó a Zia la clemencia. La pidieron distintos jefes de Estado, organizaciones de todo el mundo. El general Zia quería que fuese el propio Bhutto quien la solicitase; pero el condenado no lo hizo. Los guardianes le apaleaban para obligarle a firmar el documento reconociendo su culpa, pero pidiendo misericordia. Bhutto, entre vómitos de sangre, agonizando ya, se negó siempre. Los abogados pidieron que se le aplicara la Ley Coránica, que prevé que la pena de muerte para un asesino puede ser conmutada por lo que se llama "dinero de la sangre", o "precio de la sangre": una indemnización a los parientes de la víctima. Mientras Zia declaraba que no había lugar, Bhutto tampoco lo aceptaba: pagar el "dinero de la sangre" hubiera significado reconocer su culpabilidad.

Los dos enemigos se enfrentaban así: el uno con el poder y la horca, el otro soportando palizas, muriendo día a día a mano de sus carceleros, en plena huelga de hambre, pero sin ceder. Hasta que llegó el día de la ejecución. Que fue, al mismo tiempo, el día de la gran acusación contra Zia Ul Haq: el mundo entero se ha vuelto contra él, y en el Paquistán han comenzado ya las manifestaciones que quizá se hubieran aplazado si Bhutto hubiese sido indultado. Las represiones han producido ya un elevado número de muertos.

De esta manera, Bhutto pasa a la Historia y a la mitología como un demócrata, Zia queda configurado como un hombre sediento de venganza y de odio, como un autócrata capaz de matar. Cuando Zia sea derribado, Bhutto tendrá monumentos y avenidas en el país... ■

# PCI: A LA OPOSICION PARA LLEGAR AL GOBIERNO

RODRIGO VAZQUEZ PRADA

**U**N titular a toda página de "L'Unità" lo dijo claramente: "El PCI no se retira". Y en su última intervención ante los 1.191 delegados, Enrico Berlinguer lo subrayó de manera tajante: "Afirmar que el PCI se retrae y cambia de estrategia sería la más clamorosa deformación de lo que ha sido el XV Congreso. Para salvar Italia y la democracia, para poner fin al desorden y a la ineficacia, para liberar a la convivencia ciudadana de la violencia, para golpear los privilegios y hacer, finalmente, justicia social, es necesario que el Partido Comunista vaya al Gobierno".

Dos años y medio después de entrar a formar parte de la mayoría parlamentaria, el PCI ha optado por la línea recta —la más corta entre dos puntos— para acceder al Gobierno. Sin nostalgia alguna de sus largos años en la oposición —desde el 48 hasta el 76—, dejando en minoría las posiciones de los sectores que, con dirigentes entre ellos, como el prosoviético

Cossutta, pretendían el atrincheramiento fuera del área gubernamental por tiempo indefinido, el XV Congreso de los comunistas italianos ha ratificado la postura de Enrico Berlinguer y de la mayoría de la dirección instalada en la calle de La Botteghe Oscure: situarse en la oposición para acceder primero al Gobierno, junto a otras fuerzas democráticas.

Y las elecciones anticipadas, convocadas tras la disolución de las cámaras días atrás, va a ser el primer banco de pruebas para la propuesta comunista. Una propuesta de Gobierno de "unidad nacional" respecto a la cual el PCI comenzó a trabajar en profundidad ya en el mismo Congreso, aprovechando la caja de resonancia de su máxima reunión, y lanzando desde ella una fuerte ofensiva de cara a las elecciones generales en las que, Berlinguer dixit, los comunistas se esforzarán "por reducir los votos de la DC y aumentar la fuerza conjunta de los partidos de la izquierda...".



Giancarlo Pajetta, del ejecutivo del PCI, durante su intervención en el XV Congreso.